

Concilio Plenario Venezolano: sexta y última sesión

Segunda parte:

II. Pastoral de los medios de comunicación social

III. Evangelización de la cultura en Venezuela

Pedro Trigo, s.j.



En esta segunda entrega de la Sexta y última sesión del Concilio Plenario se comentan los dos últimos documentos aprobados por la plenaria sobre la Pastoral de los Medios de Comunicación Social y la Evangelización de la Cultura en Venezuela

II. PASTORAL DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

El documento sobre MCS es muy claro en su estructura: como los documentos sobre familia, educación y juventud, se desarrolla a través de dos partes: (1) la realidad de los *massmedia* en nuestro país y (2) la política comunicacional de la institución eclesiástica. Es obvio que la Iglesia no puede confinarse al análisis de lo que ella lleva a cabo como institución a través de sus propios canales. Como su misión es evangelizar, proseguir la misión de Jesús, la Iglesia es extrovertida y su ámbito es la persona, que se constituye a través de relaciones, no sólo las relaciones comunitarias sino también las societales. Como el ámbito absoluto de las personas es la humanidad concreta, es decir el conjunto de los seres humanos con las redes que entablan, las relaciones societales, aunque pueden parecer más frías y anónimas, son mucho más numerosas y a la larga más influyentes. Hoy la globalización tiene dos canales principales: el mercado y los *massmedia*. Ellos han tomado la delantera y han orillado por ahora a las redes sociales y a la política. Por eso su

El documento trata en primer lugar de los *massmedia* en nuestro país y luego, como no podía ser menos, de lo que hace la institución eclesiástica en ellos.

Queremos destacar el juicio positivo que les merece el papel que jugaron (los MCS) en la modernización del país en los años 60 y 70: "No sólo informaban y promovían debates de altura, sino que también el entretenimiento era creativo y sano".



peso es desmedido, ya que ocupan funciones que no les corresponden. Con gran rapidez empiezan a tejerse redes sociales y esperamos que más pronto que tarde podamos conquistar la democracia planetaria que ponga en su lugar al mercado y a los MCS.

En este panorama es claro que la Iglesia venezolana no podía dejar de tratar este tema, más aún si consideramos que en esta década, ante la decadencia de los partidos, los MCS se han constituido en actores políticos y que actualmente la principal fuente de apoyo del Presidente e incluso su acto más influyente de gobierno tiene lugar a través de un programa televisivo. Por eso el documento trata en primer lugar de los *massmedia* en nuestro país y luego, como no podía ser menos, de lo que hace la institución eclesiástica en ellos.

Para no divagar, el documento se estructura a través de núcleos problemáticos. Creemos que se han escogido los más relevantes y que el orden en que se tratan expresa su respectiva importancia. Son la responsabilidad social que les incumbe, el estado de la opinión pública y la libertad de expresión, y el derecho de la sociedad a la información. Respecto de la manera como la institución eclesiástica usa los MCS los núcleos problemáticos son la política comunicacional, el estado de los medios propios y su articulación, y la capacitación de agentes pastorales de comunicación.

Responsabilidad social, opinión pública y derecho de la sociedad a la información

De entrada, después de describir la novedad de la **sociedad de la información**, asienta que para que su mensaje sea creíble la Iglesia debe estar presente en estos nuevos escenarios y difundir el evangelio "con los lenguajes, códigos y canales de hoy" (6). Esto no se reduce a un nuevo ropaje sino que implica una nueva evangelización: decir en nuestra época lo equivalente a lo que Jesús dijo en la suya. Pero la Iglesia sabe que en esta situación no se puede estar presente con ingenuidad porque "en la sociedad del conocimiento la forma más elevada del capital es la posesión, tanto del saber científico y su aplicación técnica, como de las demandas de la gente y de los resortes del mercado. Dentro de este mundo, los MCS deben ser considerados como la industria de la información y del entretenimiento. Por eso no sólo informan sino que "crean" la noticia al servicio de sus intereses particulares" (8). Así pues, se trata de bienes civilizatorios altamente estimables, pero que en buena medida están secuestrados, no porque sean de propiedad privada sino porque sus propietarios no asumen la hi-

poteca social con la que carga toda propiedad privada (para usar la expresión de Juan Pablo II), y más ésta que vehicula un servicio público. Así pues, los MCS son canales imprescindibles, pero están en gran medida pervertidos.

El tratamiento de los MCS en Venezuela comienza con una somera reseña histórica que da cuenta fehacientemente de la evolución de los medios hasta la actual "proliferación de medios alternativos (...) orientados a una mayor participación de las comunidades, al servicio de diversos intereses" (14). Queremos destacar el juicio positivo que les merece el papel que jugaron en la modernización del país en los años 60 y 70: "No sólo informaban y promovían debates de altura, sino que también el entretenimiento era creativo y sano" (12).

Aunque reconocen la contribución de los MCS en hacer presente la escena mundial y en colaborar en emergencias, asientan que en Venezuela los medios no cumplen con la **responsabilidad social** que les incumbe: "Circunstancias de carácter social y motivaciones comerciales (...) hacen que los MCS caigan en los excesos del materialismo y contribuyan a la alineación y perversión de la persona individual y, en general, del pueblo como colectivo" (24). Destacan dos tipos de negatividad: "en múltiples espectáculos se promueven antivalores que atentan contra la dignidad de la persona humana" (25); se refieren sobre todo a la saturación de violencia y de erotismo. Sobre lo primero dicen que generan "actitudes negativas, como odios, exclusiones, prejuicios, estereotipos, deseos de venganza, uso de métodos irracionales para superar las diferencias y obtener (...) una aparente convivencia impuesta por la fuerza, el miedo y la superioridad que dan las armas" (26); en el campo sexual se refieren a la ausencia de todo tipo de criterio y a la permisividad, así como a imágenes "no sólo excesivamente sugestivas, sino provocativas y perturbadoras" (25). La segunda negatividad, muy característica de nuestra situación venezolana, proviene de que "los MCS se emplean demagógicamente y con engaño, dividiendo a las personas, ridiculizando a los adversarios, creando tensiones y generando conflictos y enfrentamientos" (27). Lo mismo pasa en internet: "'sitios' cargados de odio, la propagación de falsos rumores, la maledicencia y la difamación" (28).

Sobre la **opinión pública** asientan de entrada que los MCS tienen gran incidencia en su configuración ya que imponen un ideal de persona, familia y sociedad que moldea costumbres y modelos de vida. La conciencia de que "constituyen una fuente fundamental de poder económico, social y político" (33) lleva a los diversos grupos e instituciones a dedicar-



“Circunstancias de carácter social y motivaciones comerciales (...) hacen que los MCS caigan en los excesos del materialismo y contribuyan a la alineación y perversión de la persona individual y, en general, del pueblo como colectivo”

La ceguera de la situación actual consiste en que cada uno acusa al otro de lo que él practica asiduamente, cada uno en su registro.

les un inmenso interés e ingentes recursos. Por eso, a pesar de que hay programas y secciones que prestan un valioso servicio (32), “estamos asistiendo a la lucha encarnizada, entablada por diferentes actores de la sociedad para lograr la hegemonía en este sector” (35). Estos grupos crean un estado de opinión al servicio de sus intereses que son “muy ajenos y contrarios a los valores del Evangelio” (id). Son intereses económicos y políticos que, al absolutizarse, distorsionan y emponzoñan todo: la búsqueda irrestricta del beneficio económico lleva a presentar “modelos de vida reductivos, al exaltar los antivalores (...) del poder, del dominio sobre los otros, del placer irracional, del fácil enriquecimiento (...) la exaltación y propagación de lo irracional e inmoral” (36). La pretensión de los políticos de reproducir su ideología se hace “manipulando las informaciones, indocinando, difundiendo o tratando de imponer hegemoníamente una determinada visión de la vida” (37).

Después de lo dicho es claro que en nuestro país la **libertad de expresión** y el **derecho a la información** están muy restringidos. Así como reconocen que en el siglo pasado los MCS “han constituido los canales principales para el ejercicio de la libertad de expresión” (41), así recalcan que hoy las instituciones que detentan el poder, por motivos políticos o económicos “coartan la libertad de expresión, amedrentando, interviniendo, manipulando las políticas comunicacionales, estableciendo normas y reglamentos limitantes, controlando los medios” (42). “No hay libertad cuando los medios, estén en manos privadas o en manos del gobierno, informan sólo lo que les interesa, ocultando noticias, tergiversando sucesos y no permitiendo al acceso a la opinión pública a quienes no están alineados con ellos” (43). “En nuestra sociedad la intolerancia, que no formaba parte de nuestra cultura, ha aparecido con tal fuerza que cataloga la disidencia como enemiga y es una grave amenaza para el ejercicio de la libertad de expresión” (44).

El gran acierto de este análisis de los MCS en nuestro país estriba en que va a la raíz de la grave distorsión que denuncian, que es común a los actores políticos y económicos. El problema no está, pues, en los medios, que en sí son tremendamente potenciadores, ni tampoco en que los dueños privados busquen su interés económico y los actores políticos el posicionarse en la escena nacional. El problema está en que lo pretendan de modo absoluto, desconociendo la dignidad de las personas y la función pública de los medios. No se puede elevar el *rating* ni publicitar productos (el colmo es la propaganda de La Regional) haciendo adictos a los usuarios a costa de su dignidad,

espoleando sus pulsiones más elementales para destruir su integración personal y someter su libertad. Ni los actores políticos pueden aspirar a lograr las preferencias de la ciudadanía fanatizándola, volviéndola no deliberante, presionando para que se polarice, incluso para que se entregue al líder o al partido, que no está ya al servicio de la ciudadanía sino que sería su salvador, el que la pone a valer. La ceguera de la situación actual consiste en que cada uno acusa al otro de lo que él practica asiduamente, cada uno en su registro.

Política comunicacional de la Iglesia, estado de sus MCS y sus comunicadores

En el segundo plano del documento, al hablar de la política comunicacional de la Iglesia, después de reseñar las iniciativas positivas (46-52), se hacen tres señalamientos que ponen al desnudo escuetamente la realidad: “la estructura operativa de comunicación en las diversas instancias de la Iglesia venezolana no responde de manera adecuada a los retos y desafíos de una política comunicacional acorde con los tiempos (53). “A pesar de las buenas intenciones mostradas en las relaciones de la CEV y dueños y directores de medios, los resultados no se corresponden con las expectativas de la Iglesia y de la sociedad” (54). “Se observa escasa participación de obispos, sacerdotes y laicos en los grandes debates que se dan en los MCS donde la temática tiene que ver con la doctrina y la moral católicas” (56).

Respecto del estado de los medios propios, después de describir lo que hay (58-59), el documento reconoce que “su eficacia evangelizadora es reducida y limitada, y es poca su influencia en la opinión pública nacional” (61). Se refiere en concreto a sus dificultades económicas, a la dificultad mayor de estar a la altura del tiempo y a su dispersión (62-63).

Acerca de la formación de agentes de la comunicación con espíritu cristiano, el documento afirma que “no existe suficiente conciencia en la Iglesia de Venezuela sobre el fenómeno comunicacional” (71) y por eso, “aún no existe una planificación orgánica en materia de capacitación y formación” (72). Además el costo muy elevado de los equipos dificulta el uso de estos medios.

No se puede acusar al concilio de criticar a otros y no hacer autocrítica. La matriz común a casi todos los señalamientos es que la institución eclesiástica venezolana es una institución de cultura criolla tradicional que no ha acabado de asimilar del todo la modernidad y que por tanto no ha asumido todavía los últimos bienes civilizatorios



...la institución eclesial venezolana es una institución de cultura criolla tradicional que no ha acabado de asimilar del todo la modernidad y que por tanto no ha asumido todavía los últimos bienes civilizatorios ni menos aún ha ingresado en esta nueva época mundializada.

ni menos aún ha ingresado en esta nueva época mundializada. En este sentido participa de la crisis de toda nuestra institucionalidad, desde las instituciones educativas a los partidos políticos, las policías o las empresas. Naturalmente que la Iglesia no puede aceptar todo acriticamente; pero es propio del Espíritu impulsar el *aggiornamento*, es decir el colocarse a la altura del tiempo para evangelizarlo desde dentro. El concilio reconoce humildemente todo lo que nos falta.

Fundamento cristiano de la comunicación personalizadora

Después de poner al descubierto la realidad de los MCS en nuestro país, el documento la ilumina desde la revelación cristiana. Ante todo asienta algo que puede parecer abstracto, pero que es el parámetro para juzgar todo. El Dios cristiano no se define por la sustancia (en sí, de sí y para sí) sino por la relación: es la relación la que pone la diferencia de las personas y las mantiene en comunión. **Dios es comunicación sustancial.** Y como Dios es así, así se manifiesta: en sucesivos gestos de comunicación, que son también revelación de sí mismo, autocomunicación, una comunicación que utiliza todas las formas del comunicar y que llega a la máxima expresión en la autocomunicación absoluta que es Jesús: Dios dicho humanamente, hecho ser humano (76-78).

Por eso **Jesús fue un gran comunicador.** La gente disfrutaba escuchándolo. Él "hablaba siempre personalizando, porque daba que pensar, porque se dirigía al corazón de las personas y llamaba a asumir responsabilidades" (82). Daba tiempo para que la persona se decidiera por sí misma. Por eso lo más característico de su modo de hablar son las parábolas: no son consignas sino narraciones de la vida ordinaria con una lógica que choca y manifiesta que todo está patas arriba y hay que ponerlo de pie. Cada quien es invitado a sacar conclusiones por sí mismo. Pero la autoridad de Jesús dimana sobre todo de que sus palabras están avaladas por su vida que es una vida cabal.

Es un gran acierto que el documento nos lleve a este nivel trascendente porque esto es lo que está en juego en el uso de los medios: o una comunicación personalizadora en la que el comunicador se revela a sí mismo a la vez que nos desvela la realidad, una comunicación que busca construir socialmente la realidad llevándola a dar de sí, o una difusión de mensajes sin ningún respeto por la realidad, al servicio de los intereses de los patrocinantes que necesitan que los destinatarios no sean sujetos para que sean dóciles a sus consignas, sean de consumo de mercancías, sea de apoyo a una política.

De Dios Comunicación y Jesús Comunicador el documento pasa a "la **Iglesia comunicadora**. Pero al dar este paso el documento cambia de registro. Porque así como ellos son lo que "deben ser", la Iglesia se esfuerza por serlo, pero a veces, como en este caso la Iglesia venezolana, no lo es. Por eso en esta parte el documento trata de lo que debe ser: "La Iglesia, insertada en el progreso humano, tiene que compartir, a través de los MCS, las experiencias de la humanidad e intentar entenderlas e interpretarlas a la luz de la fe y orientarlas a la búsqueda del progreso espiritual, moral e integral del hombre, siendo testimonio de comunión" (87).

Al pasar de este nivel absoluto a la aplicación concreta a los MCS, el documento explicita el horizonte desde el que había analizado nuestra realidad. No podía ser de otro modo ya que no hay ningún ver neutral y quienes ven son quienes profesan esta visión cristiana de la realidad. Los MCS respetan la dignidad de las personas "refiriendo los acontecimientos de modo cuidadoso y verdadero, analizando completamente las situaciones y los problemas y dando voz a las diversas opciones" (89). Explicitan que la pornografía y la violencia "pervierten las relaciones humanas, inspiran actitudes antisociales y debilitan la fibra moral de la sociedad" (91).

Respecto de la capacidad de los medios para moldear la opinión pública el documento explicita que ésta es "una tarea en cierto modo sagrada" (94) y que por eso no pueden guiarse únicamente por los beneficios e intereses particulares sino por el bien común y en particular de los sectores más débiles: niños, pobres, marginados y discriminados.

Refiriéndose en particular a la comunicación en el seno de la comunidad eclesial y en la de la Iglesia con el resto de la sociedad, el documento pide transparencia y diálogo constructivo (92).

Respecto de la libertad se asienta que la libertad no es sólo ausencia de condicionamientos para entregarse sin restricciones a fines particulares sino también y principalmente capacidad para optar por el bien y la dignidad humana. Los que gerencian los MCS tienen derechos, pero también deberes. Su libertad es una libertad responsable, que conjugue la libertad de investigación con el derecho a una información objetiva, que no sólo procure la verdad de los hechos sino también la verdad del ser humano, su dignidad en todas sus dimensiones (95-97).

Este conjunto de criterios deriva de una convicción de fondo: la laicidad de la sociedad no significa que todo esté permitido, que no exista ninguna orientación ni consenso. Por esa senda llegamos a la decadencia y al dominio de los más fuer-

“La Iglesia en Venezuela, a través de sus pastores y de las Vicarías y Oficinas diocesanas de DDHH promoverá y defenderá el derecho a la libertad de expresión como un derecho humano básico y fundamental y denunciará todas aquellas situaciones que sean contrarias a la garantía de dicho derecho por el Estado, así como la responsabilidad de éste y de la sociedad toda, en el justo desempeño de los MCS”

tes, mejor posicionados y más inescrupulosos. La Iglesia se afianza en “el carácter sagrado de cada persona humana y en su relacionalidad constitutiva. Las personas no son individuos-islas: se constituyen en la mutua entrega desde una libertad liberada y responsable y esta red de redes constituye la humanidad concreta que debe ser la referencia absoluta de cada persona. Desde esta visión de la realidad el que unos sean emisores y la mayoría meramente receptores, el que no sea la relacionalidad adulta la que moldee la opinión y decante las decisiones sino la voluntad de poder y la sed de ganancia de algunos violenta a la realidad. Por tanto no podemos resignarnos a esa situación que nos impide expresarnos como personas y por tanto llegar a serlo. Esto es lo que se debate el modo como actualmente funcionan los MCS.

Por eso el concilio pide por una parte la capacitación en el manejo técnico de los medios y la formación en el horizonte de realidad en el que deben operar, y por otra el desarrollo del sentido crítico y de la percepción activa en su utilización como usuarios (98-102). Y concluye con una exhortación a posesionarse de las nuevas tecnologías, sobre todo el internet y utilizarlas en el sentido de una comunicación interactiva. “La Iglesia se preocupa porque este proceso sea de la humanidad entera y no sólo de una élite que controla la ciencia, la tecnología, la comunicación y los recursos del planeta” (105).

¿Hay sujeto para las propuestas?

La parte tercera del documento, dedicada a las orientaciones pastorales, refleja la grave limitación del documento, que es la existencia precaria de un sujeto eclesial capaz de llevar a cabo proyectos. Por eso lo que se dice es en gran medida meramente exhortativo, no líneas precisas de acción para grupos e instituciones sólidamente constituidos o tendentes a constituirlos. Por ejemplo, si en la parte primera constatan que en los reiterados diálogos de los obispos con los dueños y gerentes de MCS, sobre todo televisoras, los resultados han sido decepcionantes ¿qué sentido tiene “promover encuentros y reuniones con los dueños y directivos de los MCS para promover la conciencia de su responsabilidad” (114)? Si se reconoce que es escasa la participación de obispos, sacerdotes y laicos comprometidos en los debates de los MCS ¿qué se adelanta con pedir que participen? (119).

Son muy pocas y demasiado genéricas las propuestas que implican un cambio. Por ejemplo: es necesario formar la conciencia en el pueblo de Dios “para que exija a los responsables de los MCS, privados y públicos, que se abran a la participación a la que tienen derecho todos los ciudadanos” (126). La propuesta es poco

operativa porque no se señalan responsables ni acciones más específicas. Lo más concreto serían estas dos propuestas: “La Iglesia en Venezuela, a través de sus pastores y de las Vicarías y Oficinas diocesanas de DDHH promoverá y defenderá el derecho a la libertad de expresión como un derecho humano básico y fundamental y denunciará todas aquellas situaciones que sean contrarias a la garantía de dicho derecho por el estado, así como la responsabilidad de éste y de la sociedad toda, en el justo desempeño de los MCS” (130). “Abrirnos a la nueva realidad de los medios comunitarios y alternativos, participando activamente en ellos, desde nuestras convicciones cristianas” (132).

Por eso creo que el aporte más significativo, que además será el termómetro que refleje fidedignamente hasta qué punto los firmantes del documento creen en él, es el que mira al interior de la misma Iglesia. Estos son los textos más operativos: “la Iglesia, en sus distintas instancias de comunión, promoverá entre sus miembros principios básicos de convivencia como son: la tolerancia, el pluralismo, la crítica constructiva y el debate respetuoso de las ideas, reafirmando que es la sociedad la principal responsable del uso de los MCS” (116). “Instaurar dentro de la Iglesia un diálogo permanente sobre los temas de mayor actualidad, de manera que se logre pulsar las diversas opiniones y afinar posiciones que asuman el sentir eclesial” (121).

Si todo esto se va dando, se irá creando el clima para que puedan pensarse en serio algunas propuestas muy concretas del documento que hoy, tal como está la institución eclesial, son totalmente irrealizables. Me refiero a “construir un gran circuito nacional entre las televisoras y estaciones de radio con que cuenta la Iglesia en Venezuela con el apoyo de redes católicas internacionales” (136), “promover un medio nacional impreso, común a todas las diócesis y con el apoyo de todos, que sea voz de la Iglesia a nivel formativo e informativo” (137), “crear una agencia comunicacional propia de la Iglesia en Venezuela para darle información e insumos a los distintos MCS” (139). Si tomamos en serio el documento sobre instancias de comunión para la misión y, conforme sus directrices, se crean organismos nacionales y se promueven grupos e instituciones locales, además de unidades regionales, y con ellas se revitalizan las diócesis y las parroquias, existirá un sujeto que podrá hacerse cargo solventemente de esas propuestas.



III. EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA EN VENEZUELA

Desde la noción holística de cultura ¿se da análisis propriadamente cultural?

El primer punto que queremos comentar de este documento es que la noción de cultura que funciona en él no es homogénea. Al principio se la caracteriza de un modo holístico: "ese modo particular según el cual los hombres y los pueblos cultivan su relación con la naturaleza y con sus hermanos, con ellos mismos y con Dios, a fin de lograr una existencia plenamente humana (GS 53). De esta definición queremos destacar dos características que nos parecen decisivas: la importancia de las relaciones (que cristalizan en estructuras e instituciones, pero que las desbordan), y el carácter relativo de la cultura, ya que está en función de un objetivo que la trasciende, que consiste en propiciar que los que nacemos constitutivamente humanos nos hagamos cualitativamente humanos. Esto significa que las culturas han de ser valoradas según el grado en que posibiliten o dificulten conseguir el objetivo que las trasciende: que los integrantes de ellas no se definan como miembros de ellas sino como seres humanos cualitativos. Habría que reconocer que hasta ahora (y nos parece que la observación vale para siempre) ninguna cultura ha podido expresar en sus instituciones y estructuras, en sus símbolos y ritos ese ser humano cualitativo, ya que en ninguna las relaciones han sido horizontales, abiertas y simbióticas, o, dicho con el lema de la revolución francesa, en ninguna se da libertad, igualdad ni fraternidad. Si el objetivo de las culturas las trasciende, la cultura tiene que caracterizarse por su dinamismo y transformación interna para que pueda ser cauce de humanización. Sin embargo las culturas pueden absolutizarse. Por dos razones principales: por su prestancia y por verse amenazadas por culturas absolutizadas.

A nuestro parecer habría sido conveniente que el documento explicitara estas coordenadas porque son cruciales para poder analizar, tanto el modo aplastante con que se está imponiendo hoy la dirección dominante de la cultura occidental mundializada secuestrada por las corporaciones mundializadas, como la tendencia a absolutizarse de las colectividades humanas que se esfuerzan en resistir a este dominio, como puede estar ocurriendo hoy en nuestro país.

Sin embargo, a pesar de que el documento se abre con esta caracterización holística de cultura, a veces se emplea el término de modo meramente analógico, por ejemplo cuando en el desafío cuarto el concilio se compromete a "promover una auténtica cultura de la vida, de la solidaridad y de la fraternidad". Aquí no se



En la cultura criolla la función de lo económico es tanto el prestigio de la persona como un tipo de relaciones de producción y sociales y políticas que lo expresen: la persona busca estatus, que se expresa en el tren de vida y en los cargos que ocupa.

En la segunda mitad del siglo XX el documento destaca oportunamente que lo que hubo de dinamismo en nuestro cristianismo giró en torno al Vaticano II y Medellín y Puebla; aunque silencia que en gran medida ese impulso fue resistido por la mayoría de la institución eclesial.

trata propiamente de cultura sino de dimensiones relevantes que hay que cultivar de modo particularmente decidido para que las instituciones y estructuras que nazcan de ese tipo de relaciones humanas sean canales que las expresen y fomenten.

Pero lo que nos parece más delicado es que en la manera como ha sido estructurado el documento (distinguiendo lo socio-económico, lo político-institucional, lo histórico-cultural y lo ético-religioso) no vemos cómo se hace justicia al carácter holístico de la cultura, es decir no vemos cómo el documento se mantiene en el nivel de análisis propiamente cultural. En efecto, el carácter holístico de la cultura se puede formalizar como una matriz de múltiples elementos que interactúan entre sí de maneras distintas, de modo que las culturas se diferencian no por los elementos, que están presentes en todas las culturas, sino por la importancia relativa que tienen en el conjunto y por el grado en que sobredeterminan a otros en la relación interactuante. Por ejemplo, lo económico está presente tanto en la cultura indígena como en la criolla tradicional y en la occidental mundializada, pero no tiene la misma función ni por tanto el mismo sentido ni el mismo desarrollo. En las culturas indígenas venezolanas actuales la función principal de lo económico es la pervivencia del grupo humano, no sólo a nivel material sino como organización social; por eso no están interesadas en los excedentes sino en el acceso constante a los recursos y en organizar su consecución y distribución de manera que se logre la compactación del grupo. En la cultura criolla la función de lo económico es tanto el prestigio de la persona como un tipo de relaciones de producción y sociales y políticas que lo expresen: la persona busca estatus, que se expresa en el tren de vida y en los cargos que ocupa. Por su parte en la dirección dominante de la cultura occidental mundializada lo económico es fin en sí mismo y por eso se busca su incremento a como dé lugar y se subordina a ello tanto lo político como las relaciones.

Así pues, el análisis cultural es el que da cuenta de cómo las diversas dimensiones (económica, política, social, simbólica...) interactúan en cada una de las culturas. Si, como lo hace el documento, se analiza cada una de las dimensiones por separado, se obtiene sucesivamente un análisis económico, otro político, otro social y así sucesivamente, pero no un análisis propiamente cultural, que no es la yuxtaposición de cada uno sino su interacción en una determinada colectividad humana. Por ejemplo, si uno analiza culturalmente la relación entre misioneros e indígenas en las reducciones de Paraguay, verá que la interacción entre este

mundo y el otro, la importancia de la palabra y el rito y la combinación entre lo familiar y lo colectivo y el cultivo del prestigio individual por el aporte al grupo eran comunes a ambas culturas (aunque se dieran de manera distinta en cada una) y por eso pudieron interactuar; en cambio el paso del seminomadismo al sedentarismo, la autosobreexplotación para lograr excedentes para comprar lo que no se producía en ellas, y, en el caso de los caciques, el paso de la poligamia a la monogamia, eran diferencias no fáciles de asimilar.

Esta observación se hizo repetidamente en el aula, pero los encargados del tema no lo vieron o pensaron que, a pesar de la parcelación temática, sí lo tenían en cuenta. De todos modos no hubiera sido fácil rehacerlo en el sentido indicado, aunque habría sido muy significativo.

La(s) cultura(s) en Venezuela

El análisis histórico de los primeros siglos recoge en su brevedad las peculiaridades venezolanas y su valoración está bien ponderada (6-8). La conclusión, sin embargo, no me parece válida: el catolicismo venezolano no es mestizo. Es, por una parte, criollo (español americano), aunque mestizado, es decir con rasgos indígenas y negros y con novedades históricas, pero manteniendo estructuralmente el perfil hispano, que es el de la institución eclesial y por supuesto el de los criollos y acriollados, y por otra, mestizo, que es el llamado catolicismo popular, que es el campesino y suburbano y en gran medida el de indígenas y negros, que con frecuencia no llega a ser un cristianismo culturalmente indígena ni negro.

Es relevante tener en cuenta, como lo hace el documento, que en Venezuela se dio en la última parte del XVIII y en el XIX "un quiebre cultural-religioso de algunos sectores masculinos de las élites" (10) y una marginación de la institución eclesial, expropiada y disminuida. Es acertado recalcar el protagonismo de los laicos, tanto populares como ilustrados, así como rescatar los nombres de Roscio, Fermín Toro, Cecilio Acosta y José Gregorio Hernández. También es bueno recordar que la relevancia que la Iglesia adquiere en el siglo XX se debe en gran medida al servicio en educación y salud, que (lo que no se menciona) se lleva a cabo sobre todo en instituciones de religiosas y religiosos. En la segunda mitad del siglo XX el documento destaca oportunamente que lo que hubo de dinamismo en nuestro cristianismo giró en torno al Vaticano II y Medellín y Puebla; aunque silencia que en gran medida ese impulso fue resistido por la mayoría de la institución eclesial.

Es iluminadora, aunque demasiado sumaria, la **caracterización** que hace el documento **de las culturas** que componen nuestro país multiétnico y pluricultural:

El rentismo petrolero ha favorecido “un cierto facilismo que socava los valores del trabajo, solidaridad, austeridad, constancia y la búsqueda de autonomía, valores que han sido virtudes tradicionales del venezolano

“las indígenas, caracterizadas por su anclaje en la tierra y en la comunidad; la negra, caracterizada por la expresividad corporal, el arraigo familiar y el sentido de Dios como aliento vital. Así mismo existe la cultura criolla, mayoritaria, eje del proceso de modernización, por la masividad de la educación. Igualmente está presente la cultura campesina referida al ciclo agrario y a un calendario de fiestas que da identidad a cada comunidad humana. Por otra parte aparece la cultura suburbana, la cual, a diferencia de las anteriores, es una cultura contemporánea, fruto de las grandes migraciones que, a mediados del siglo pasado, cambiaron el mapa humano de América Latina” (17).

El documento continúa: “Todas ellas están desafiadas por la cultura occidental homogeneizadora, basada en el desarrollo científico-tecnológico, el predominio comunicacional y financiero” (18). Por la importancia que tiene para el discernimiento y el posicionamiento ante ella, me parece importante subrayar que la cultura occidental mundializada no es en sí homogeneizadora; la imposición unipolar y homogeneizadora caracteriza sólo a la dirección hasta hoy dominante que ha tomado esta cultura, que está vigorosamente contestada por elementos de esta misma cultura, que emplean sus bienes civilizatorios para armar redes multipolares que expresen el pluriverso y puedan hacerse presentes como alternativa en los foros mundiales y que expresan muy dinámicamente sus bienes culturales (la cultura de la democracia, de los derechos humanos y de la vida) que no tienen cabida en la dirección homogeneizadora dominante.

Vamos a referirnos a un punto crucial en la caracterización cultural de nuestro país: “**Somos culturalmente nuevos** y vulnerables a la seducción de culturas extranjeras, porque nos falta valoración de las raíces profundas que marcan nuestro ser y devenir culturales” (16). El documento se refiere implícitamente a la clasificación que hace el brasileño Darcy Ribeiro de los pueblos latinoamericanos: pueblos testimonio (por ejemplo Bolivia), pueblos trasplantados (por ejemplo Uruguay) y pueblos nuevos (es el caso de Venezuela). Somos nuevos porque en nuestro país predominan los distintos tipos de mestizaje, aunque, como sociedad multiétnica y pluricultural, están presentes también los tres troncos (amerindio, europeo y africano). En nuestro caso de lo que no tenemos conciencia es de la trascendencia de este acontecimiento histórico que es el surgimiento de nuevas etnias y culturas. Ahora bien, en un análisis cultural habría que tener en cuenta que sólo se valora la novedad si se la entiende no como mezcla, en la que se conservan las características de los ingredientes, sino como combina-

ción, en la que no están los ingredientes sino que ellos dan lugar a otra realidad. El eurocentrismo de las instituciones latinoamericanas y venezolanas, incluida la eclesiástica, indica que no se toma en serio la consistencia de lo nuevo que somos.

No entiendo el n° 19 que se refiere a la situación venezolana actual. Es cierto que la situación del país “no se limita a los aspectos socioeconómicos, políticos y jurídicos sino que tiende a constituirse en una profunda transformación cultural”. Pero no veo que tenga que ver con el movimiento hacia la modernización secularizada y hacia la postmodernidad. Más bien nos parece una manifestación, aguda y pienso que no bien encaminada, del bullir de los actores hasta hoy preteridos que luchan por pasar de la fisonomía cultural y el talante público criollos, es decir netamente occidentales, a otra institucionalización y talante que expresen mejor el país multiétnico y pluricultural que somos, y no menos de la resistencia de las élites criollas a dar paso a esta reinstitucionalización (en la que por supuesto han de conservarse muchos elementos occidentales) que exprese la multiculturalidad que nos caracteriza.

Es cierto que en Venezuela fraguó a nivel cultural un **sustrato católico**, que el documento describe con acuciosidad (20-21; cf 38-46). Pero hay que percatarse que en este texto se entiende lo cultural como expresiones institucionales y simbólicas de diversa índole y no como el modo actual que tiene una comunidad humana de habérselas con la realidad para constituirse como tal. Si se utiliza, como al comienzo del documento, este concepto más constituyente y personalizador de cultura, no podemos hablar de sustrato católico, habida cuenta de las abismales diferencias económicas y de oportunidades educativas y de trabajo, y el aislamiento de los estratos superiores, y lo que hay de animadversión social. Aunque es cierto, como lo recalca el documento (38-39), que no pocos de los valores del pueblo venezolano, que considerados en abstracto no son privativos del cristianismo, en el caso concreto de nuestro país se deben a un cultivo religioso que se ha traducido en humanidad cualitativa.

En el **aspecto socioeconómico** se señala que en el sustrato del venezolano está la capacidad para trabajar sostenidamente para subsistir y la solidaridad horizontal, a causa de la pobreza generalizada hasta la llegada del petróleo, que no permitía ni la creación de fuentes de riqueza y trabajo ni el surgimiento de un Estado fuerte que redistribuyera la renta nacional. Esto es verdad, pero habría que añadir, la falta de iniciativa de la clase dirigente que era más señorial que empresarial y que por eso mantuvo al pueblo en minoridad.



La fragilidad institucional a todos los niveles y su correlativa provisionalidad, constituyen nuevos retos para una sociedad que quiere ser democrática

El populismo y el clientelismo no han permitido la madurez política y democrática de la gente, que se mueve más por el afecto que por la racionalidad

Seguidamente el documento se explica sobre el efecto de la renta petrolera que es percibida directamente por el Estado: “Un Estado centralista, dispendioso, ineficiente, paternalista, repartidor de bienes y servicios, no ha generado una cultura más positiva de participación, de empleo y de trabajo productivo” (27). En definitiva el rentismo petrolero ha favorecido “un cierto facilismo que socava los valores del trabajo, solidaridad, austeridad, constancia y la búsqueda de autonomía, valores que han sido virtudes tradicionales del venezolano” (24). Sin embargo también se afirma que “si bien ha habido logros significativos en la movilidad social por la vía de la educación, de la capacitación para el trabajo y por la excelencia de los servicios y en la infraestructura del país, estas bondades de la riqueza petrolera se han estancado produciendo un descenso en los índices socioeconómicos de bienestar” (26).

Al no darse un análisis intersectorial, no puede comprenderse el fenómeno. Parecería una fatalidad que la riqueza petrolera en manos del Estado produzca un Estado paternalista y un pueblo rentista. Si esto fuera así, no se comprende la sostenida modernización del país desde los años cuarenta y el avance en todos los aspectos de la clase popular desde los sesenta. La democracia social, basada en una alianza entre sectores populares y de clase media y los elementos más capacitados de la burguesía, fue la que orientó el gasto del Estado al desarrollo integral, que incluyó tanto el fomento del sector empresarial por la política de sustitución de importaciones y la construcción de una infraestructura adecuada, como la capacitación del pueblo en todos los aspectos. El que esa democracia no se profundizara desde fin de los años sesenta por una mayor promoción popular que incluyera la participación y por una representación más responsable sino que por el contrario se vaciara, fue lo que llevó al abandono del desarrollo popular y al secuestro del Estado por parte de grupos oligárquicos y finalmente a la degradación de todo el proceso.

Respecto de lo político institucional el documento destaca la debilidad institucional a lo largo de la historia, que concluye con un juicio demasiado duro: “hemos sido un pueblo de cortas fidelidades políticas, escaso aprecio a las normas legales y a su concreción institucional y poco apegado a asumir un concepto objetivo de verdad, convicciones y responsabilidades” (30). “La fragilidad institucional a todos los niveles y su correlativa provisionalidad, constituyen nuevos retos para una sociedad que quiere ser democrática” (32). Sin embargo reconoce que en la democracia que se fragua en el 1958 “se fortaleció la institucionalidad y se die-

ron cauces de ascenso social. Este proceso se agota por la desproporción entre las expectativas generadas y capacidad de respuesta” (31). “El populismo y el clientelismo no han permitido la madurez política y democrática de la gente, que se mueve más por el afecto que por la racionalidad” (33).

Estoy de acuerdo en que la debilidad institucional es uno de los mayores problemas actuales de nuestro país. Pero me parece que es una tendencia peligrosa llamar análisis cultural a la constitución de entelequias nacionales que serían la explicación de lo que pasa. Si pensamos que los seres humanos somos seres históricos no podemos creer en entelequias sino en causaciones reiteradas que conllevan a maneras específicas de reaccionar y que en cuanto cambian las modifican. Si durante veinte años se fortaleció la institucionalidad, significa que la gente respondió rápidamente a las propuestas de capacitación humana y participación política. El problema fue que los responsables de las instituciones no quisieron democratizarlas, el Estado dejó de apoyar al desarrollo popular, los profesionales más cualificados se retiraron de lo público y el pueblo volvió a su desvalimiento, aunque no como antaño sino con las capacidades adquiridas en el proceso.

Por eso al reseñar el cambio actual “en la concepción, expresión y desempeño de la democracia (...) cuyo protagonismo en adelante no estará sólo concentrado en los partidos políticos sino en otras formas de participación de la sociedad” (34), no habría que referirse sólo al “estilo autoritario y militarista”, cosa que ciertamente existe y nos afecta muy gravemente, sino también al protagonismo de gente de base que desde el proceso que proclama el gobierno entra en contradicción con la burocracia estatal y el partido de gobierno. Es cierto que hay ideologización política de parte y parte, pero no lo es menos que también se da genuina politización y empoderamiento popular, para usar el término en boga.

El tercer nivel de realidad que estudia el documento está caracterizado como **histórico-cultural**. En él se señala el cambio de época y se caracteriza a la que hoy se abre como de globalización. Este cambio nos sorprende como país en una crisis inédita que tiene un carácter global. “Es sabido que el pueblo venezolano se caracteriza por un profundo sentido de igualdad, libertad y sociabilidad, rebeldía y falta de constancia, pronto a ayudar puntualmente en ‘operativos’, pero sin un marcado sentido de proyectos a largo plazo. Tiene además tendencia a minusvalorar el sentido de la norma y de las reglas de la convivencia” (37). Si a esto agregamos la débil memoria histórica que subraya el documento (35), se comprende cómo éste



...a pesar de la generosidad y las demás virtudes que se señalan, la falta de sentido histórico, tanto en el sentido de la memoria como de los proyectos, y por tanto la falta de discernimiento, puedan derivar hacia actuaciones destructoras.

parece sugerir que, a pesar de la generosidad y las demás virtudes que se señalan, la falta de sentido histórico, tanto en el sentido de la memoria como de los proyectos, y por tanto la falta de discernimiento, puedan derivar hacia actuaciones destructoras.

Creemos que el apunte es correcto, pero para comprenderlo en su justa medida, habría que explicitar que la razón de estas ausencias está en la minoría en que se ha tenido al pueblo, ante todo por el Estado colonial y luego por las élites criollas que edificaron una república señorial, después por cerrarse a la promoción popular y su empoderamiento hasta impedirlo, y más tarde (desde la segunda mitad de los años ochenta) por la prédica constante de la antipolítica que posibilitó el dominio neoliberal que puso a los trabajadores y a la política en manos de los dueños. Este proceso de destrucción de la subjetualidad popular, en unos aspectos ha sido revertido, como lo señalamos, por el actual gobierno, pero en otros ha acentuado esta línea al destruir el concepto de historia, congelándola en el momento puntual de un Bolívar forjado, y no permitiendo que el pueblo conjuntamente con los demás actores sociales vaya forjando el proyecto histórico sino enrolándolo no deliberativamente en el suyo.

Como **tendencia hacia el futuro** se señala que la prolongación de la bonanza petrolera “permite prever la consolidación de la mentalidad rentista, reforzada por una política de distribución paternalista de la riqueza que va contra el surgimiento de una auténtica cultura del trabajo productivo, socialmente autónomo y éticamente responsable” (47). “En lo religioso-simbólico es previsible una secularización, un pluralismo y un relativismo más acentuados, así como el desarrollo de una religiosidad ‘por la libre’ y de un catolicismo sin referencia a la institución eclesiástica” (50). Estoy de acuerdo con que, si sigue todo como va, sí se dará lo que se señala. Por eso, la conveniencia de rectificar: “La valoración adecuada del conocimiento científico y tecnológico, al igual que la transmisión de todo lo relativo a la herencia cultural y religiosa de nuestro pueblo, se convertirá en una contribución decisiva al desarrollo socioeconómico y cultural” (48). Asumir los bienes civilizatorios de la época da capacidad, que, aunada a la libertad del saber quién soy como ser histórico y hacia dónde voy como horizonte cultivado y compartido, da verdadera libertad y constituye a los individuos en personas y sujetos sociales. Por eso la trasmisión de la herencia cultural y más en concreto la cristiana no puede entenderse como algo libresco ni al modo del espectáculo de celebraciones masificadas sino como trasmisión viva en la cotidianidad.

Del análisis de la memoria histórica, la realidad contemporánea y sus tendencias surgen muchos **retos** que el documento agrupa en cinco ámbitos (53-58). Estamos de acuerdo con lo que se dice, pero son tan amplios y difusos que resultan poco operativos.

Evangelización de las culturas e inculturación del Evangelio

En la iluminación teológico-pastoral (cuya redacción es bastante confusa y difusa) se parte de “Cristo Jesús como modelo de humanidad plena” (59). En el texto se destaca que vive en el seno de la cultura judía, pero trascendida en su relación con el Padre. De ella saca la fraternidad universal de los hijos de Dios, la invitación explícita a los pecadores y la preferencia de los pobres, elementos incompatibles con el establecimiento cultural, que se separa de los demás pueblos por su condición de pueblo elegido, y de los pecadores y pobres del pueblo, tenidos por contumaces respecto de la ley. Eso sella su destino: ejecutado por los representantes de la cultura. De su vida se deduce que nuestro compromiso es con las personas, pero vivido en el seno de sus culturas, aunque sin absolutizarlas sino criticando sus antivalores que, al absolutizarse, se convierten en ídolos (60-61).

Al referirse a la Iglesia neotestamentaria se restringe a los dos primeros conflictos que aparecen en los Hechos, ambos de índole cultural: el primero la discriminación de los de habla griega, que se soluciona asentando que cada comunidad cultural elija de su seno a sus propios evangelizadores; y el segundo, la posibilidad, planteada en Antioquía, de que se diera un cristianismo que no fuera de religión judía, posibilidad aceptada al asentar que sólo Jesús es absoluto y modelo de vida. La consecuencia que se saca es que “el cristianismo puede vivirse en formas culturales diversas, siempre y cuando sean fieles al seguimiento del modelo que es Jesús de los Evangelios, vivido en la Iglesia (62).

La parte correspondiente a la inculturación del Evangelio y a la evangelización de la cultura (64-71) es bastante reiterativa y poco analítica, es decir poco iluminadora ya que sólo los números 70 y 71 se refieren a aspectos más específicos. La inculturación del Evangelio “busca que, desde las entrañas de una determinada cultura, surjan nuevas expresiones culturales cristianas” (65). La evangelización de la cultura “se propone renovar desde su interior y transformar a la luz de la Revelación, con la fuerza vital del Evangelio, las visiones del hombre y de la sociedad que conforman las culturas” (id).

El método no puede ser otro que el diálogo de la Iglesia con las culturas en las que vive, cuyo paradigma es la consti-

...es preciso que nazca
y ya está naciendo
un nuevo humanismo
“en el que el ser humano
queda definido
principalmente
por la responsabilidad
hacia sus hermanos
y ante la historia

tución sobre la Iglesia en el mundo actual del Vaticano II. El sujeto de este diálogo no es ante todo la institución eclesiástica sino cada cristiano en los ámbitos donde se mueve.

La característica más señalada de esta nueva época es la capacidad insospechada de transformación del mundo y del propio ser humano. Esta capacidad, en la dirección dominante de esta figura histórica, se ha empleado en una dirección inhumana por el engreimiento, que da como resultado la existencia de una mayoría de la humanidad excluida que reclama los beneficios de esta civilización y con ello una vida plena. Por ello es preciso que nazca y ya está naciendo un nuevo humanismo “en el que el ser humano queda definido principalmente por la responsabilidad hacia sus hermanos y ante la historia (GS 55)” (74). Estamos muy de acuerdo en que de este humanismo se recalque el trabajo, que está hoy degradado a la condición de mercancía, que no hace justicia a su sentido que es edificarse a sí mismo el ser humano y constituir el cuerpo social, a la vez que transforma la naturaleza llevando a plenitud la creación (75).

Auténticos desafíos

Los cinco desafíos que plantea el documento corresponden a los retos enunciados en la primera parte. El primero se centra en el **empobrecimiento de la población y la voluntad de concentración hegemónica de la economía**, sea pública o privada, estatal o trasnacional. Al denunciarlos como inaceptables, proclama y pide a los cristianos comprometerse a trabajar por el bien común y el desarrollo integral y sustentable, que asegure la satisfacción de las necesidades sociales básicas. Propone más en concreto, entre otras cosas, “insistir en la responsabilidad del Estado y del sector privado, con la participación activa de las comunidades, en la necesidad de generación de fuentes de empleo que garanticen una adecuada retribución del trabajo, un presente y futuro dignos, con políticas sustentables, productivas y de seguridad social” (87). Creo que este desafío es una verdadera alternativa respecto de lo que está llevando adelante el gobierno. Ante todo porque acepta que lo que existe es inaceptable y que por tanto es imprescindible superarlo. Se refiere a la concentración hegemónica de la propiedad, tanto estatal como privada nacional como trasnacional, que causa el empobrecimiento por exclusión de la mayoría y la dificultad de constituirse como sujetos porque ese modo de concentración desconoce el valor del trabajo. Es alternativa, no sólo porque en la amenaza incluye, en contra del gobierno, la concentración y voluntad de poder del actor estatal sino sobre todo porque la sinergia que propone no se da sólo entre el

Estado y comunidades copadas por él sino entre el Estado, el sector privado y comunidades verdaderamente autónomas.

Esto es lo que refuerza el desafío segundo: “**El deterioro y la fragilidad progresivos de la institucionalidad y el estado de derecho** plantean a la experiencia cristiana y a la Iglesia, el desafío de fortalecer las comunidades e instituciones como mediaciones sociales, a través de la organización y participación de los ciudadanos y la defensa de los valores y convicciones personales y familiares, para consolidar los valores democráticos y ejercer la soberanía popular. Al mismo tiempo, denunciar toda violación de los derechos humanos, en particular la discriminación y exclusión distorsionadoras de la subsidiaridad (sociedades intermedias) y la unidad en la diversidad” (80). Estamos de acuerdo en los términos del desafío que se encamina a superar la desinstitucionalización y la anomia que nos devoran. Lo característico del cristianismo a lo largo de toda su historia es la promoción de todo tipo de asociaciones libres que fomenten la solidaridad sin que caiga todo el peso en las macroinstituciones estatales, y que presionen al Estado y a la empresa privada a cumplir con sus obligaciones, a la vez que les ayuden a hacerlo. Como base se comprometen a impulsar el que los laicos descubran el compromiso inherente a su ser cristiano “mediante los itinerarios de iniciación cristiana de adultos, en las áreas económica, social, política y cultural” (94). Se insta a participar “en la organización de la sociedad civil (sindicatos y gremios, asociaciones, ONG y otras organizaciones populares) como promotor del bien común” (97). Y más en particular, “alentar y acompañar la organización comunitaria, en la búsqueda de soluciones a los problemas locales, reforzando la educación a la ciudadanía y a la participación en lo socio-político” (96). Hay que decir sin ambages que, si el Estado abierta o sutilmente persigue la eliminación de estas organizaciones, caemos en el totalitarismo y no es posible ya la constitución de auténticos sujetos humanos. Así como también es verdad que sólo un tejido tupido de organizaciones sociales es capaz de lograr que el Estado y la empresa cumplan con sus objetivos.

El desafío tercero corresponde al “**reconocimiento de nuestra condición multiétnica y pluricultural**”: “La coexistencia desigual de las culturas nacionales y el influjo de la cultura globalizada plantean a los cristianos y a la comunidad eclesial, el desafío de trabajar por el reconocimiento efectivo de la igualdad de las culturas y el diálogo franco y sincero entre ellas, a fin de construir una comunidad nacional abierta a la integración latinoamericana y mundial en justicia, solidaridad y paz. Al mismo tiempo, la tarea

...denunciar todo nacionalismo anacrónico, regionalismos exacerbados, discriminaciones sociales y toda pretensión de soberanía absoluta, que contradicen una auténtica personalización, una organización comunitaria participativa, y un sano patriotismo que exigen reconciliación y fraternidad cristianas.

de denunciar todo nacionalismo anacrónico, regionalismos exacerbados, discriminaciones sociales y toda pretensión de soberanía absoluta, que contradicen una auténtica personalización, una organización comunitaria participativa, y un sano patriotismo que exigen reconciliación y fraternidad cristianas” (81). Creemos que, si no se responde a este desafío, no habrá paz en América Latina y en Venezuela. Ahora bien, para percatarnos de la magnitud de lo que se propone, bastará con enunciar una de sus líneas de acción: “Contribuir a modificar la fisonomía cultural del país, de modo que su perfil no lo dé sólo una de sus culturas” (106). Esto significa nada menos que América Latina y Venezuela no pueden seguir siendo únicamente latinas, que sus instituciones y símbolos deben ampliarse y diversificarse para incluir también a las demás culturas y también por supuesto a la occidental mundializada “asumiendo sus bienes civilizatorios y culturales desde lo que somos y para ser más auténticos” (107). La piedra de toque de la sinceridad de esta propuesta dada en otra línea de acción: “Propiciar participación, responsabilidad y recursos a los integrantes de las diversas culturas, en las propias instituciones cristianas, en particular las populares, de modo que puedan expresarse y obrar como tales, dejando su impronta en la fisonomía del país, al tiempo que instar al Estado y otras instituciones a que hagan lo mismo” (103).

El cuarto desafío, que está bastante concretado a través de líneas de acción, se refiere a la grave crisis de vigencia de los valores éticos de la vida, la verdad, la justicia, la libertad, la solidaridad y la paz, y propone “**promover una auténtica cultura de la vida, de la solidaridad y de la fraternidad**, mediante la educación en

valores, la participación en experiencias de reconocimiento mutuo y convivencia social, acciones en defensa de los derechos humanos y el respeto a la naturaleza. Al mismo tiempo, encarar la deshumanización en las condiciones de vida y el sentido de la trascendencia provocada por la violencia, la corrupción, la impunidad y la manipulación de cosas, servicios y personas, así como por todo atentado a una auténtica libertad religiosa y a un sano cultivo de la vida espiritual”. Es cierto que estas dimensiones humanas han de ser cultivadas por sí mismas y que, si este cultivo no se da, no se producirán como consecuencia del desarrollo de las otras dimensiones; más aún, sin ellas todas las reformas políticas y todo el desarrollo económico no producirán desarrollo humano y acabarán por degradarse, como está sucediendo en el primer mundo.

El quinto desafío ahonda el anterior: “La falta de coherencia entre la fe y la vida plantea al creyente y a la Iglesia el desafío de un **testimonio de la persona y el mensaje de Jesucristo en la vida cotidiana**, particularmente en aquellos ámbitos donde se diseñan, comunican y organizan las matrices culturales” (83). Dos concreciones nos parecen especialmente pertinentes: “Proclamar con claridad y valentía a Jesucristo, como plenitud de realización humana, anunciándolo de palabra y de obra, como respuesta definitiva a los problemas que afligen al hombre y a la mujer de hoy. Así se puede superar toda absolutización e idolatría del poder, del dinero y del placer” (126). “Encarar, con serenidad y valentía creyentes, la novedad en las relaciones de la Iglesia con la sociedad y los poderes públicos, en términos de servicio, diálogo y profecía, en aras de una identidad basada en la fidelidad radical al Señor, un compromiso irreversible en la humanización integral del pueblo venezolano y un justo relacionamiento con la institucionalidad y autoridades del Estado” (136).

En síntesis, nos habría gustado que el documento se organizara de otro modo, que fuera menos difuso y más claro, sobre todo la parte segunda, y que se concretara más en la tercera parte. Pero tal como está ofrece elementos válidos tanto para la inculturación del Evangelio en nuestro país como para la evangelización de sus culturas.

